

# De un Diwán perdido

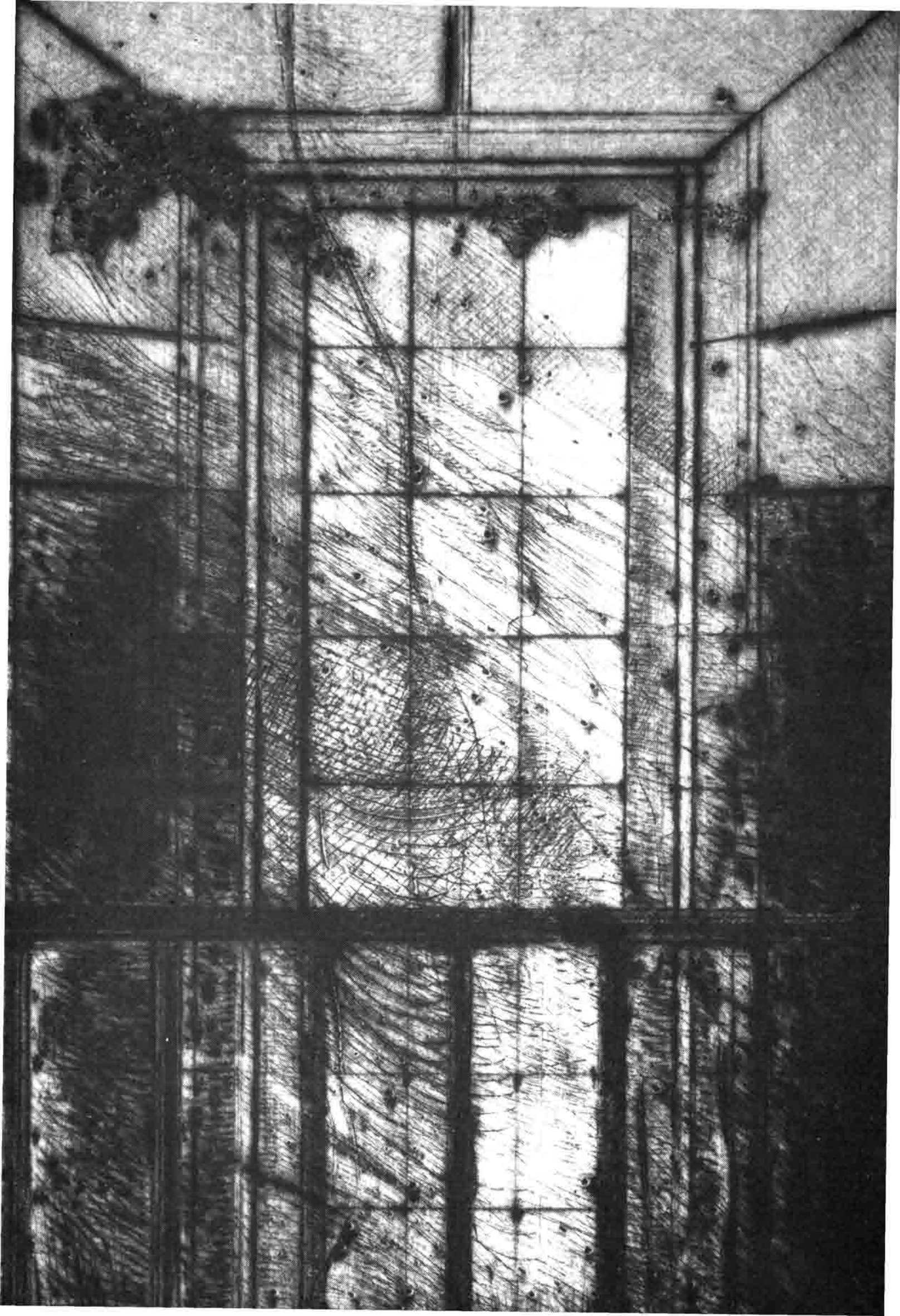
Desnuda está, bajo la lluvia de verano.  
Del deseo se despojó.  
Desnuda está.

Almaida oculta su nombre  
bajo el nombre remoto  
de una princesa que fuera cortesana  
y sacerdotisa y poeta.

Bajo la luna azul  
y sumergida en el silencio,  
desnuda está,  
danzarina inmovilizada.

Arabesco de quietud, exaltado y apaciguado  
en la embriaguez de su cintura,  
tormento del deseo al borde de sus ojos desvanecidos,  
brillantes como una pausa en donde se van depositando  
los placeres errantes. Así es  
esperar un hombre desnudo,  
esperar su grito callado,  
ese grito que desgarró la ebriedad,  
el espejismo, el oasis,  
los negros sueños transformados en soles,  
en extasiada sangre.

Letra a letra se borran el insomnio y las pesadillas.  
Quedan las flores de la luz,  
las líneas de dos cuerpos reunidos y en paz.  
Su lujuria sólo es  
un leve desgarramiento de la ambigüedad.  
¿Quién, Almaida, no se embriagó con la música de tu cuerpo,  
con esta suavidad de la danza que naufraga en las manos,  
con el abismo de este abrazo que extermina el deseo,  
un deseo pulverizado, aniquilado y siempre resurrecto?  
¿No es tu carne un indescifrable apoteosis



en donde llega la revelación  
 en medio la inmovilidad de una ceremonia pausada,  
 áspera y blanca?

El frío de la noche, de donde ha de emerger el olvido,  
 es absorbido por la muerte, la muerte de mirada ebria,  
 y va marchitando flores, bajo el galope de sus sueños malignos.

La música, adormecida por olas de dulzura,  
 se detuvo en el umbral agónico del viento.  
 No hubo fiesta.

Cuando el perfil sagrado,  
 golpeando contra sus ojos,  
 se eleva;  
 Cuando la vibrante mano,  
 amenazadora y endurecida por la sangre,  
 zozobra;  
 Cuando la curva afilada del sueño  
 se demora hasta el día,  
 se demora;  
 Almada, que había venido a celebrar  
 las nupcias del deseo y de la alta madrugada,  
 Almada se adormece sobre la balastrada,  
 blanqueada de soledad como una playa que mintiese,  
 —la claridad huyó con un sabor de acero—.

Contra sus ojos de adelfa  
 se posa, estallado, el deseo.  
 Alrededor de templos de silencio,  
 arañazos de ausencia es el deseo.  
 Sobre su cuerpo adolescente, azul,  
 el deseo en vértigo parsimonioso.  
 Bajo la piel tumefacta por las risas,  
 y en la muerte de la alta madrugada,  
 un único deseo: su mano.

Mujer de olas y de sombra,  
 errante como un fantasma que intenta reaprender  
 el camino de los encuentros imposibles,  
 sin lograr, pese a sus esfuerzos,  
 diluirse en la nada que trata de abrazar,  
 en la cual quiere convertirse, en vano,